



Lucio V. Mansilla

La pandillita

Al señor coronel don Alberto Capdevilla

...Que la escuela para aprender (créanme los regalones y miñones, miñones de la fortuna) no son las camas de flores, de sus favores, dolores y aventuras propias y ajenas, son la escuela verdadera. Venturoso el que aprende en cabeza ajena; que yo, ya me canso de ser cirujano por bien acuchillado, y cuerpo de anatomía; y de sufrir los golpes de tantos cirujanos como van sobreviniendo, y se van ejercitando en esta carne momia, cada día.

Antonio Pérez

¡Qué predicamento el mío con todos ustedes los que, sin tener pelo de barba todavía, suelen ser duros de pelar, siendo mucho más hombrecitos de lo que parecen! ¡Cuán cierto es que más vale caer en gracia que ser

gracioso! Cosechar simpatías, ser uno profeta en su tierra, por medio de este instrumento, no se me había ocurrido. Puse manos a la obra con un propósito, con otro fin, y resulta útil, fecundo y agradable la tarea. Es una compensación. Pero de veras que me entristece un poco verlos ya a ustedes murmurando con labio escéptico: tout passe, tout casse, tout lasse. Diríase que han vivido tanto como Saint-Evremond, que sorprendido de la constancia de su querida, le escribe una elegía, haciéndole la pintura de sus antiguos placeres y de la pasión que de tiempo atrás tan seriamente lo preocupa y lo aleja del seno de sus amigos. Y sin embargo, tanta experiencia teórica no les ha revelado todavía que las mujeres no lloran tanto a sus amantes por haberlos amado, cuanto por parecer más dignas de ser amadas, opinión que, como se comprende, puede ser mía o de otro que sabía mas que yo.

Algo como el murmullo de una crítica agradable, porque es fina, ha llegado a mis oídos, en esta forma anónima:

"¿Por qué se ocupa usted siempre, venga o no a pelo, de mujeres y de amor? ¿Acaso ha sido usted engañado, o mal tratado por ellas y por él? Una que lo lee. "

Aprovecho aquí la ocasión para explicarme y hacer al mismo tiempo una como profesión de fe.

Me ocupo de amor, porque me placen los temas resbaladizos; y me ocupo de las mujeres, porque ellas son las que, según el viejo Diógenes, le inspiran esa ocupación a los que no tienen qué hacer, y porque siendo dado a los estudios morales no he de ser yo una excepción, siendo así que no ha habido moralista antiguo, ni moderno, empezando por Publius Syrus (8) y acabando por La Rochefoucauld, que, con más o menos detenimiento, no se haya creído en el deber de tocar el espinoso asunto.

Mirándolo bien, la Biblia no es más que el idilio del amor; en los Evangelios, a cada momento, tropieza uno con mujeres; una porción de ellas iban siempre tras de Cristo, y ustedes recordarán que algunas de sus más trascendentales declaraciones fueron dirigidas a una mujer, que no se había contentado con cinco maridos... San Lucas pinta con mano maestra a una "pecadora" que entra en la casa del Fariseo mientras comen, que derrama perfumes sobre los pies del maestro y que se los seca después con sus propios cabellos, que eran una maravilla.

Renán, dice, por su parte, refiriéndose a la Sagrada Escritura:

Ese pesimista de genio, el inventor del pecado original, es, sobre todo admirable en todo lo que se refiere al papel de la mujer, en las cosas humanas. Cuando aborda el asunto es profundo, tierno, misterioso. Su gigante terrible Jehovah se ocupa de matrimonios, y se interesa en los amantes. A ese filósofo, sombrío como Schopenhauer o Hartmann, es a quien le debemos los cantos patriarcales de Isaac, de Rebeca, de Jacob y de Raquel.

Pascal, y qué diré de Bossuet, sintiendo su alma inflamada exclama: amour est l'ennemi. Pero es el sacerdote, el que habla, el señor de las almas, el director de las conciencias, y así es que, cuando pinta las debilidades de la pasión y las flaquezas de la mujer, no hay novelista moderno que se le pueda comparar; lo mismo que, nadie ha sido más elocuente que Bossuet,

hablando de ese sentimiento que lleva, como él dice, el nombre de amor y que es capaz de conmover el corazón de los héroes.

Agrego, por lo que a la pandillita le pueda convenir, lo que leo en la última carta de mujer que he recibido, y lo agrego con gusto, porque estoy seguro de ser entendido en un país de comerciantes como éste.

¿O no es un país de comerciantes el que teniendo cuatro millones de habitantes apenas, tiene inscritas ya sociedades anónimas por la bonita suma de ochocientos ochenta y siete millones y setecientos sesenta y tres mil seiscientos treinta y ocho pesos nacionales de curso legal?(9)

Dice así la interesante misiva:

Ustedes, los hombres, serán siempre los mismos (y yo pregunto: et vous, mesdames?) y suelen querer mucho a su mujer cuando la tienen... lejos. Dicen que Antonio dijo estando en Africa, en brazos de Cleopatra, al recibir la noticia de la muerte de Fulvia: "¡es buena... puesto que no existe!".

Vamos a otra cosa; la salud es sin duda la perfección misma de la vida, el gran beneficio gracias al cual tenemos el medio de experimentar todos los demás.

Pero más grandes que las riquezas de la salud son las del amor.

El amor es la sola institución que paga diez por ciento, y más, sobre los fondos que se le confían. La alegría es una fortuna; y nada produce una alegría mayor y más durable como amar y ser amada. El amor es, si me es lícito hablar así, la moneda ideal del alma: con él no se necesita ser rico para ser dichoso."

Desgraciadamente, por lo que estoy viendo, ustedes son agiotistas en amor, y en vez de acreditar esa moneda, la han de desacreditar y depreciar, como le ha sucedido a nuestro papel, después de habernos hecho tantos bienes y tan felices. ¿O le debemos nuestra prosperidad al oro?

He leído el otro día que el Litterarische Institut de Berlín ha resuelto abrir un gran concurso entre los escritores más espirituales de Alemania, debiendo ser los jueces en aquel torneo del humour, novelistas como Ebers, Roquette, Eckstein, y periodistas como Goldbaum, Laævenstein, Trojan (lo mismo habría sido que no se los hubiera nombrado a ustedes).

El propósito es estimular la producción de obras en prosa, por autores maduros y abonados que, por una parte desdeñen la novela falsamente idealista, y por otra, eviten el punto de vista demasiado estrecho del naturalismo.

Es el humour, dicen, unido a la verdad, el que proporciona las satisfacciones artísticas más altas. Es el humour el que liberta nuestra alma del peso de la triste realidad, por la risa, y también por las lágrimas. Y es valor entendido que humour no es para nosotros ni la farsa grosera, ni la caricatura, ni el espíritu superficial, ni la amarga ironía.

Como se ve, se quiere el humour de un Dickens o de un Thackeray.

Seguramente que la iniciativa del Litterarische, Institut de Berlín merece todos los elogios; pero es de temer que los resultados sean tan poco brillantes, como los de un concurso casi análogo, que tuvo lugar, no ha mucho, en Munich para lo que los franceses llaman: nouvelles à la main.

El primer premio era de ciento cincuenta marcos, y he aquí textualmente la gracia premiada.

Sobre el Brocken.

A.-¿Crees tú posible lo que refiere mi amigo N.? Pretende que con un tiempo claro, él ha apercibido desde aquí, a "Francfort sobre el Oder"- como ustedes saben, hay dos Francfort.

B.-¡Es imposible! A la distancia a que estamos, ¿cómo ha podido él distinguir a Francfort sobre el Oder de Francfort sobre el Mein?

¿Para qué hablar, después de este espécimen de ciento cincuenta marcos, de los premios acordados a las gracias de ciento veinticinco?

Hablemos de una gracia de diez marcos premiada, que dice así:

Comparación notable.

El tío le dice al sobrino que acaba de encender su cigarro:

-Tú me haces el efecto del Vesubio; él también cuando quiere escupir, empieza por echar humo.

Bueno pues, yo no tengo que comparecer ni ante el concurso de Berlín, entre los escritores más espirituales y potentes de la Germania, ni que mandar a Munich nouvelles á la main, de precio alguno. Tengo, sin embargo, que satisfacer el pedido de algunos muchachos con más o menos humour, que la otra noche, doce de octubre, me hicieron rueda en una soirée en casa del Exmo. señor presidente don Miguel Juárez Celman, pidiéndome una Causerie, ni más ni menos que si esto fuera como acercarse al Café de París, y decirle a Sempé, que es el decano de los maîtres d'hôtel: "Mándeme usted mañana, a tal hora, y a tal calle, un vol-au vent à la financière ", que es el pastel a la francesa, en el que, como ustedes saben, entran todos los restos, con algunas trufas, de muchas cosas que no se han podido aprovechar.

Por cierto que algunos de ellos tenían unos aires tan indiferentes, tan apáticos, tan insolentes, tan fríos -parecían anémicos o dispépticos-, al lado de unas criaturas maravillosas, de gracia física y moral, de espaldas mórbidas, como las de la Venus de Milo, de mirada intensa como la de la Fornarina, que en vez de dedicarles un poco de prosa, yo les haría un epigrama para curarlos de su manía de posar dándose aires... o les mandarí a dar una paliza, sin intervención de la policía.

Pero ya que estoy comprometido, vamos a ello, y ya era tiempo. Y, vean ustedes, no es tan fácil como parece salir del atolladero en que me he metido con Tabaco, que entre una mujer y un caballo no sé por lo que se decidiría;(10) con el Tuerto, tipo de cultura, que no sé qué haría si no hubiera fracs en este mundo; con Genarete, que ya debiera tener el apodo de bon vivant, y empezar a escribir un romance pseudosentimental; con el Orador, que cree en la frase, como el ruiseñor en su canto; con Marquito, esa vera efigie de su padre, que como él tiene su talón de Aquiles; y con el Rubio crespo, de origen tan Patricio.

Saldré del paso diciéndoles a todos ellos, y a los que en su caso se encontraren, que es difícil hallar un ejemplo más notable de lo que es la herencia nerviosa cerebral, o de la sangre, de atavismo, con las modificaciones inevitables de la selección.

Lejos de mí el propósito de meterme aquí en un estudio sobre la magna cuestión que en este momento preocupa al mundo sabio, científico, o dividiendo las escuelas antropológicas y sociológicas en dos campos, a

cual más fecundo en ingenios tan agudos los unos como observadores los otros.

Pero la verdad es que, y sin que esto importe comprometer más mis opiniones adelantadas ya otra vez, la verdad es, que esta pandillita me hace vacilar un poco, y que en ella veo realizarse algo de lo que han pretendido Moreau de Tours, Michelet y Goethe, que como ustedes saben sostienen: el primero, que el padre que le trasmite su semejanza física al hijo no es habitualmente el que le lega sus facultades intelectuales y sus disposiciones morales; el segundo, que los hijos de los hombres de talento degeneran por el cruzamiento; y el tercero, que a su padre le debía los caracteres físicos, y a su madre, su instinto prodigioso de conservación personal.

¿Y para qué hablar de la herencia por influencia, si ella consiste en la reproducción, entre los hijos provenientes de un segundo matrimonio, de alguna particularidad peculiar al primer esposo?

Sí, para qué hablar de esto, de la observación que hasta pretende: que a mujer blanca, que se casa con un negro, del que ha tenido muchos hijos, que enviuda y que se casa en segundas nupcias con un blanco, puede tener un hijo pardo o mulato, como al principio.

Ninguno de los de la pandillita es hijo de un segundo matrimonio; pueden estar tranquilos en esta parte. Y como tampoco son de origen regio, que es el que produce mayor número de locos por herencia, es casi seguro que no han de ir a parar a San Buenaventura.

Eso sí, no digo lo mismo respecto de otras manifestaciones hereditarias.

Algunos de ellos inspíranme serios temores, aunque me asista el convencimiento de que las leyes de la herencia, no son rigurosamente constantes y fatales, siendo frecuentes las excepciones.

Todos ellos, valgan lo que valieren mis reflexiones y observaciones, harían bien - (for his sake) Knowledge is, como dice Hamilton, for the sake of man and not man for the sake of Knowledge - de tener presente, sin embargo, que no basta nacer con un cerebro dotado de propiedades superiores a las del término medio; que es necesario también que el individuo que lo posee se halle en condiciones de poder utilizarlo; que el cerebro necesita cultivo; que por eso la superioridad intelectual hereditaria no es más que una probabilidad que sólo llega a ser una certeza por la educación, por los ejemplos, por los consejos, y generalmente por las circunstancias exteriores...

Y que, sumando y restando, multiplicando y partiendo, no hay nada más cierto como cuociente de todo lo dicho, que esta verdad que yo leí siendo muy muchacho, con poquísimo provecho: "La ociosidad, el lujo, las malas compañías corrompen las costumbres", y corrompidas éstas... ¡ay, del corazón!, esa urna sagrada... según la bella expresión de Alfredo de Vigny... donde toda alma bien nacida, digo yo, debe depositar sus secretos como en una tumba, en la que, yaciendo las cenizas veneradas de sus antepasados, no fuera permitido interrumpir el silencio de la muerte, sin doble profanación.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

